



LA PENÍNSULA ESCANDINAVA

(DE NUESTRA COLABORACIÓN)

Unos abogados políticos—más abogados que políticos—nos vienen ahora con la canción de que los hechos se aceptan o no se aceptan, pero no cabe discutirlos, que sólo se discute las teorías. Pues bien, no! También se discute los hechos y se les pone en claro. Discutir un hecho no es negarlo, es aclararlo.

Algunos mentecatos de esos que hablan sin enterarse, me han escrito diciéndome que me he hecho anti-autonomista. Yo no me he hecho nada, no necesito hacerme nada. Me he limitado a decir lo que pasará si la Mancomunidad Catalana logra arrancar, por buenas o por malas, la autonomía que llama integral. Y como creo conocer a los pueblos, que se rigen por sentimientos más que por raciocinios—y hacen bien—me parece inútil pretender irles con engaños. Veamos, pues, lo que la historia nos enseña.

Suecia y Noruega formaban una especie de confederación y de lazos muy débiles. El mayor acaso era que tenían un rey común y un cuerpo diplomático y consular también común. Y un rey no basta para unir a dos pueblos. Reyes de Portugal a la vez que de España, fueron Felipe II, Felipe III y Felipe IV, y sin embargo, Portugal y España estaban entonces tan separados como hoy. Y Oliveira Martins sostiene en su "Historia de Portugal" libro VI, cap. II, "Os Philippes") que si en vez de explotación, de unión bajo una sola corona, hubiese habido "incorporación", es decir, asimilación, Portugal, concluido el ciclo de Aviz, habría desaparecido para siempre del papel de las naciones. Sólo que esa "incorporación", esa asimilación, no pueden hacerla reyes, y menos Habsburgos, y menos absolutos. Una monarquía, aunque sea federal, no une nada; una república revolucionaria, por lógica crítica unitaria, es la que une. Y conviene no confundir federalismo con republicano o liberalismo.

Só puede ser muy federalista y nada republicano, nada demócrata y nada liberal, y se puede ser muy liberal, muy demócrata y muy republicano y anti-federalista. Las repúblicas federales no son, por serlo, más liberales ni democráticas que las unitarias, como las monarquías unitarias no son, por serlo, más despóticas que las federales.

Suecia y Noruega, decimos, estaban federadas, levisima y flojamente federadas, y acabaron por separarse del todo y por no tener apenas más relaciones entre sí que las que guardan dos naciones cualesquiera cultas y vecinas, que tienen frontera común. Se separaron en paz, aunque no en perfecta amistad, sin un tiro, sin un motín, sin una estridencia, dando un admirable ejemplo de civilidad.

¿Por qué se separaron? En el fondo, porque habían dos lenguas distintas, aunque muy semejantes entre sí, tan semejantes como entre sí parecen serlo las que se hablan en nuestra Península Ibérica, excluyendo el vasconce. Comprendieron que no cabe ni federación, ni confederación duraderas y sólidas, donde no hay una sola lengua de enseñanza general obligatoria. Federaciones o confederación con pluralidad de lenguas pedagógicas y oficiales sólo caben en monarquía. Sin que sirva el ejemplo de Suiza, que si no se deshace es por la presión del ámbito y cuya unidad es una triste ficción compulsiva y de muy amargos frutos. Rousseau, el ginebrino, se sentía ginebrino, ciudadano de Ginebra, se sentía francés—y era francés, pues que en francés sentía y pensaba,—pero jamás se sintió suizo. Eso de suizo es una lamentable ficción internacional y no nacional.

Suecia y Noruega se separaron en paz y en gracia de historia, aunque no de buena gana, por lo menos de parte de Suecia. ¿Se federarán? Antes lo hará Noruega con Dinamarca, y es porque en ambas naciones—a pesar de ciertas pedantescas pretensiones de ciertos noruegos, que hasta buscan pueriles diferenciaciones ortográficas—se habla la misma lengua. La lengua de Ibsen y de Bjoerson es substancialmente la misma que la de Kierkegaard o Drachmann o Hamsun. No se diferencian más el noruego y el danés literario que el español literario de España se diferencia de los de Méjico (no México, pura pedantería ortográfica diferencialista), Cuba, Colombia, Chile o la Argentina o estos últimos españoles americanos entre sí. Y si Suecia encuentra con quien federarse será en Finlandia, en cuyas costas se habla acaso tanto sueco como finlandés.

Es que los escandinavos son pueblos que no atienden a razones, que no oyen su interés, que se dejan arrastrar de

sentimentalismos y pasiones? No; en la historia, es la realidad, es el hecho. ¡Porque este sí que es un "hecho"! El hecho histórico de que no cabe con federación alguna sólida, duradera y sana, sea cual fuere la comunidad de intereses entre los pueblos que tratan de confederarse, sino a base de unidad de lengua oficial. Donde no hay unidad de lengua oficial surge al punto el "meteco". Y la situación del "meteco", de forastero, se hace en ese caso peor que la del "bárbaro", peor que la del extranjero. Está mejor el noruego en Suecia y el sueco en Noruega siendo extranjero, como el holandés o el danés o el alemán, que no siendo meteco. La "metecia" es la situación más intolerable.

Se habla de la España Grande y para los que más hablan de ella el tópico es un sofisma y un embuste. Sí, hay una España Grande, pero la constituyen los pueblos todos de lengua española, los de Europa y los de América, y nada más que ellos.

Me han dicho ya que soy separatista. Si por esto se entiende que veo el dilema histórico tal y como acabará por presentarse, lo acepto. El que pronostica un terremoto, v. gr., no es terremotoista. Lo que digo y sostengo que se equivoquen ahí y adquí todos, y son tanto ahí como aquí los más, los que creen posible una confederación, por floja que sea, sin unidad de lengua pedagógica y oficial obligatoria. Afirmo un hecho, pues, sea cual fuere mi deseo.

MIGUEL DE UNAMUNO

